



PEDRO CLOSA

Jesuita y Gitano

Jesús Renau Manén s.j.

INTRODUCCIÓN

1. UN AUTÉNTICO GITANO
2. GRANADA
3. PEDRO EN ÉCIJA4. EL ARTISTA
5. UN HOMBRE DE DIOS, UN MÍSTICO
6. LAS LUCHAS SOCIALES
7. PASIÓN Y MUERTE
8. PEDRO VIVE
9. A MODO DE CONCLUSIÓN

Quisiera agradecer a todos los que me han prestado su colaboración, de modo especial a María Armada, Adolfo Chércoles, Josep M^a Pañella, Xavier Melloni, Ignasi Vila y a las familias gitanas de Granada, Sevilla y Écija que nos abrieron las puertas de su casa y de su corazón.

INTRODUCCIÓN

Al terminar de cenar, Pedro Arrupe le dijo a Pedro Closa si podían seguir la conversación en su despacho. Uno era el P. General de la Compañía de Jesús; el otro, un jesuita que se había hecho gitano andaluz. Entre los dos se estableció una corriente de profunda simpatía. Aquella noche romana, en la casa central de los jesuitas, aquellos dos compañeros hablaron tres horas seguidas. Nada ha trascendido de dicho encuentro, si no es el comentario que Arrupe hizo poco tiempo después al P. Ferrer Pí: *“Nunca he conocido a un jesuita que viese más a Dios en los hombres”*.

Dos hombres de Dios. El primero dirigía la Compañía de Jesús desde una profunda experiencia mística, inspirándose en el Concilio Vaticano II y en la tradición espiritual ignaciana. El segundo se había inculturado de forma total y radical en el mundo gitano andaluz, también desde una honda experiencia interior, renovada e iluminada por la luz conciliar y la misma espiritualidad ignaciana. Un encuentro entre hermanos, lleno de vida, de anécdotas y, sin duda, de la presencia invisible de Jesús, que era para ambos el sentido y el amor supremo de sus vidas.

Cuando pasados casi 32 años de la muerte de Pedro Closa, le pregunté a José M^a Castillo – que fue durante unos años su acompañante espiritual– sobre lo más característico de su personalidad, me dio, sin dudarle un momento, esta respuesta: *“Fue hombre de una convicción radical: lo más fundamental de nuestra vida es darse del todo a los más pobres”*.

¿Quién fue Pedro Closa?

Para muchos de nosotros, *Pere Closa* (nacido en Barcelona) fue nuestro compañero de noviciado, de estudios, de ordenación sacerdotal, que en 1964 se fue a Córdoba para terminar la formación y se quedó en Andalucía trabajando en la provincia Bética de la Compañía de Jesús. Desde aquel año hasta el día de su muerte (16 de Diciembre de 1971) nos iban llegando noticias sobre su nueva identidad gitana. No nos resultaba extraño, ya que durante los cuatro años de estudios de teología, Pere había realizado su trabajo ministerial en el Raval de Barcelona, en la capilla y centro educativo de Sant Pere Claver, junto al P. Artigues, fundador de aquella comunidad cristiana y notable pionero e impulsor del entonces llamado *apostolado gitano*. Pedro fue un gran amigo de numerosas familias gitanas que vivían entonces en la ladera de Montjuïc.

En la necrológica escrita por el P. J. M^a Torelló, nos lo acerca, desde la admiración y el respeto, de esta manera:

“No sin temor se pone uno a escribir sobre Pedro Closa.

A la sacudida que nos produjo su muerte ha seguido un cúmulo de impresiones, recuerdos, pervivencias y también –ahora– la perplejidad ante el papel, cuando se quiere decir algo y se tiene conciencia del riesgo que se corre de echar a perder con palabras lo que ha sido una vida.

Lo que importa en todo hombre es lo que ha sido; no lo que ha dicho o lo que ha hecho sino en cuanto pueden ser expresión –más o menos parcial, más o menos clara– de su “ser”, de su actitud interior. Esto en Pedro Closa pesa mucho porque vivió intensamente bajo apariencias poco espectaculares; peligro, por tanto, de no valorar debidamente a un ser querido, entrañable.

Pero hay más. Una de sus características fue la de querer y saber pasar desapercibido. Intentar ahora, que nos ha dejado, pergeñar algo que pretenda ser aun solo un esbozo de este “ser” y de esta vida, ¿no será “jugarle una mala pasada” o ponerse ya de buenas a primeras, con la mejor voluntad, pero con poco acierto, en una línea no sólo muy distinta, sino contraria a la suya?

Vaya esto por delante para excusarme un poco por mi atrevimiento y también para poner sobre aviso de lo imperfecto y de lo incompleto que va a salir todo esto”.

Palabras estas que bien podemos hoy asumir como marco referencial del presente escrito.

1. UN AUTÉNTICO GITANO

Pedro fue un auténtico gitano, no de nacimiento, sino de adopción. Descubrió el mundo gitano, se acercó a él, empezó con un intento de servicio evangelizador, y, como solía decir él mismo, fue evangelizado por los gitanos. Del contacto abierto llegó a la comprensión; de la comprensión a la admiración y de ella a la identificación. Se hizo gitano, vivió los últimos años de su vida como tal, y el mundo gitano lo aceptó con cariño y respeto y hoy lo considera uno de los suyos.

Existe en Badalona una Fundación llamada “Pere Closa” que manifiesta la comunión total de Pedro con una cultura y una forma de estar en la vida, como son la cultura y la identidad gitanas.

En una carta, fechada en el Colegio Noviciado de San Francisco de Borja de Córdoba el día 10 de agosto de 1965 y dirigida a su compañero Ernesto Labeira –jesuita catalán que el 15 de agosto de aquel año hacía sus últimos votos en la Compañía de Jesús–, le escribía: *“Pide por todos nuestros hermanos gitanos, y cuando tengas ocasión de acercarte a alguno de ellos, sé que lo harás, hazlo sin prejuicios y verás qué almas más maravillosas y saladas tienen. Esto sí, si te presentas de modo que ellos crean que te pueden sacar un duro, te quedarás sin camisa, pero si ven que eres uno de los suyos, como me ocurrió a mí hace poco en la misión de un pueblo granadino metido en pleno despoblado, te llenarán de dinero sacándose de su pobreza. El gitano es generoso y hospitalario y, si le amas, no te faltará nada de lo que ellos tengan. Se quitan el pan de la boca y te lo dan a ti. El gitano es maravilloso, de verdad. Tú dirás: ¡Este es un gitano! Pues creo que sí: pienso como ellos, reacciono como ellos y... vivo ya un mucho como ellos, lo cual es también formidable. Aquí empiezan a dudar si llevo sangre calé en las venas y, lo mejor del caso, es que es así...”*.

Sobra todo comentario. El contenido de esta carta nos abre el corazón de este hombre notable, alegre, original y profundamente devoto, que unió su vida a la de los gitanos pobres.

Pasados los años y ante los grandes retos de la diversidad cultural, la figura de Pere Closa ha ido tomando una dimensión profética cada vez más relevante. Hemos intentado seguir un poco sus pasos y esto es lo que hoy os ofrecemos.

1.1. Sus orígenes catalanes

Pere Closa i Farrés nació en Barcelona el 28 de julio de 1932. Pocos días después fue bautizado en la catedral. Sus padres se llamaban Pere y Montserrat. Tenían el domicilio familiar en la calle Mallorca 193, 2º 2ª, casi haciendo esquina con la calle Aribau. Regentaban una pastelería de su propiedad en los bajos del mismo edificio. Era una tienda de merecido prestigio, que actualmente se ha convertido en juguetería y está aun en manos de la misma familia. Era el pequeño de tres hermanos. Le encantaban los dulces. Años

después, estando en los estudios de Teología, a veces, se llevaba a algún compañero jesuita a saludar a sus padres y a comer pasteles.

Al igual que sus hermanos, Pere hizo la secundaria como alumno interno en el Colegio de Valldemia, que los Hermanos Maristas tienen en la ciudad de Mataró. Estuvo de 1943 a 1950. Terminó el bachillerato y el “examen de estado” en el año 1950. Cuando pidió a sus padres entrar en la Compañía de Jesús, le aconsejaron que, al menos, hiciera un curso universitario. Se matriculó en Derecho y sacó bien los estudios de primero de dicha carrera durante el curso 1950-51.

Su infancia fue muy normal. Vida de familia, de colegio, de vacaciones. No hay que destacar nada en particular de forma notoria. Sus hermanos, que tienen un excelente recuerdo de él, lo definen como algo cerrado, persona con carácter, alegre, buen compañero y amigo, y de una buena fe inmensa. En estudios no destacaba por unas notas excelentes, pero iba sacando bien los cursos. En el Colegio de los Maristas acrecentó su devoción a la Virgen María, lo cual explica que, terminado el bachillerato, entrara en la Congregación Mariana de Barcelona, dirigida entonces por el P. Vergés.

El día 27 de septiembre de 1951 ingresó en la Compañía de Jesús en el noviciado que entonces tenían los jesuitas en el monasterio de Santa María de Veruela, al pie del Moncayo, en la provincia de Zaragoza.

Su formación en la Compañía fue la usual de entonces. Tras hacer los primeros votos al acabar los dos años de noviciado en 1953, pasó al juniorado, años dedicados a los estudios de humanidades. Los empezó en Veruela, pero en noviembre los trasladaron a Raimat, donde estuvo hasta el verano de 1955. Luego pasó a Sant Cugat a estudiar Filosofía. En esta época tenía la idea de ofrecerse para ir al Japón.

La etapa de magisterio, que se suele hacer en medio de los estudios en la formación de los jesuitas, la realizó en el Colegio de San José de Valencia durante tres años. Justo comenzado dicho magisterio, el 14 de octubre de 1957, hubo una de aquellas fuertes lluvias otoñales, que desbordaron el Turia, y muchas familias de las zonas más pobres de la ciudad se quedaron sin hogar. Se suprimieron las clases, situación que se prolongó por miedo a una epidemia de gripe, y los jesuitas acogieron a unas doscientas personas de aquellas, en los locales de las Escuelas Profesionales de la Gran Vía Fernando el Católico, dándoles cobijo, alimentos, asistencia sanitaria. Para la ciudad fue como un aldabonazo, y Pedro fue uno de los jesuitas que lo dieron todo por los refugiados.

De esta época, un jesuita compañero suyo, José Luis Miravet, le recuerda ya en su personalidad, en sus actitudes y en sus habilidades, con rasgos que en el futuro no hará más que desarrollar:

“Estuve en la 2ª Brigada con él (alumnos de 5º de Bachillerato, de unos quince años) y era un auténtico compañero por su interés, trabajo, aceptación de suplencias que con frecuencia recaían en los “maestrillos”. Su preocupación por la formación integral de los alumnos era extraordinaria y, claro está, encontraba respuesta por parte de los alumnos, que le querían y respetaban muchísimo. No era hombre “duro”, pero no transigía con veleidades y, cuando tomaba una determinación, era suavemente consecuente. Sus clases de religión y de dibujo les gustaban mucho a los alumnos. Era un artista, de tal forma que se rodeaba de un grupo de alumnos a los que enseñaba “manualidades”: papiroflexia, pintura, modelación con barro, corcho, etc. Decoró la salita de los maestrillos y arreglaba artísticamente la sala de comunidad en las Navidades. Sobresalía, y era notoria, su

devoción a la Virgen. Cada día rezaba el oficio “Piísima”, hablaba mucho de ella a los alumnos, promoviendo su devoción práctica a la Virgen del Colegio y particularmente a la Virgen de los Desamparados. Me consta que iba con frecuencia a la basílica de la Virgen, y nunca faltó mientras estuvo en Valencia al “traslado” de la Virgen en el día de su fiesta. Empezó ya desde Valencia a contactar con los gitanos. También le recuerdo como un hombre de gran equilibrio y con buenas ocurrencias humorísticas. Su disponibilidad era notable, un auténtico compañero”.

De 1960 a 1964 vuelve a Sant Cugat a estudiar la Teología. Se ordenó sacerdote el 28 de julio de 1963, el día que cumplía treinta y un años.

Estando en San Cugat, en el año 1962 tuvo lugar la gran riada del Vallés. Él, como tantos otros, fue a ayudar, pero ante todo fue a ver qué había pasado con unos gitanos amigos que vivían en chabolas. Eran dos familias, pero estaban a salvo. A una de ellas el aguacero se les llevó la casita. La otra familia gitana les acogió en su chabola. “Como tenemos dos habitaciones, será una para cada familia hasta que encontréis otro lugar”, les dijeron. Ante este hecho, Pedro decía a un compañero: *“ya ves, éstos que están tan marginados de la sociedad son capaces de hacer esto, mientras que bastantes señores que tienen una segunda residencia por Bellaterra no la han dejado, pese a que son momentos críticos, porque les ensuciarían la casa”.*

Durante estos años de formación como jesuita, Pedro era una persona que se hacía querer. No destacaba por una gran capacidad intelectual ni había mostrado especial interés en hacer estudios especiales. Para sus compañeros, destacaba por su sencillez, su austeridad y su alegría. Era amable, algo retraído, ocurrente y divertido, con una risa franca, espontánea, entre pícara e ingenua. Trataba de no llamar la atención, aunque se conocían sus aficiones artísticas, en especial la música y la pintura. No se daba importancia a sí mismo, y era un compañero muy normal, con quien daba gusto salir a pasear. Se solía reír de sí mismo. Su rostro era alargado, adusto, seco, alegre, y con aquella boca algo torcida, de la que en broma le decíamos que “era de fumar mucho en pipa”. Todo él desprendía paz, buen humor y confianza.

Consolidó su piedad y su devoción singular a la Virgen María. Su posterior estancia en Andalucía no hizo más que consolidar algo que siempre llevó muy dentro. Era un hombre de oración, eminentemente afectiva y gozosa; su vida espiritual era seria y comprometida; era de una pieza, austero consigo y alegre con los demás. Durante los estudios de Teología ya dormía en el suelo liso; su habitación era austera y ordenada. Como persona sencilla no daba importancia a sus cosas. Si se hacía querer, a medida que se fue metiendo en el mundo gitano, se hacía también admirar.

1.2. Los primeros pasos con los gitanos

Pero veamos más de cerca cómo entra Pedro en relación con el mundo gitano.

A partir del otoño de 1960, de regreso de Valencia, donde tuvo su primer contacto con los gitanos, empieza los estudios de Teología en la facultad de San Francisco de Borja de Sant Cugat del Vallés, a unos dieciséis kilómetros de Barcelona. Todos los jueves por la tarde va a Barcelona a colaborar con la entonces naciente parroquia de Sant Pere Claver, que abarca desde el Paralelo hasta buena parte de la montaña de Montjuïc, y llega hasta el puerto. Una zona en aquella época muy miserable, especialmente el sector de la montaña, llena de

barracas y cuevas, en las que vivían numerosas familias gitanas en la más absoluta y total precariedad. Son varios los estudiantes jesuitas que acudían una o dos veces por semana a ayudar al P. Artigues, párroco y alma de aquel nuevo centro apostólico.

Entre Luis Artigues y Pedro Closa pronto se establecen unas notables relaciones de amistad y de complicidad. Le destina a trabajar con las familias gitanas y, especialmente, con los niños.

Hay una fecha singularmente significativa en la definitiva opción de Pedro: el verano de 1962. Estamos a finales de julio o principios de agosto. Avisan que ha muerto un joven gitano en una barraca de las que hay por la montaña. Acuden dos jesuitas, uno es ya sacerdote, Joan Canet, y el otro es Pedro. En el suelo de la barraca reposa el cadáver de aquel hombre, que deja viuda e hijos. Hace un calor espantoso. La barraca está hecha con cartones y latas. Desde fuera se ve todo su interior. Gran cantidad de familiares y conocidos están junto a la barraca llorando amargamente. Se rezan unas oraciones y hay una breve conversación con los que han venido a dar el pésame. Pedro está muy impresionado.

A los pocos días, le dice a Joan Canet, que allí, delante de aquel hombre muerto y de la miseria total que le acompañaba, había tomado la opción y el compromiso ante el Señor de dedicar toda su vida al mundo gitano.

En aquel tiempo, llegó por San Cugat el dicho de que sólo tres personas podían entrar sin ningún miedo en el barrio gitano de Montjuïc y además siendo muy bien acogidas por ellos: el P. Artigues, un regidor del Ayuntamiento de Barcelona, que parece que se llamaba Sr. Sala, y Pedro Closa. Ya había entrado en su mundo.

En sus comienzos, la nueva parroquia de Sant Pere Claver dependía de la comunidad de jesuitas que vivía en “Ciutat Vella”, en la calle del Palau, detrás del Ayuntamiento de la ciudad. En febrero de 1964, el P. Artigues, acompañado por el P. Josep M^a Giol, decide irse a vivir a la nueva parroquia. Al principio viven en el Hospital de San Pedro Claver, en la calle Vila Vilá. En aquel momento, Pedro ya es sacerdote y está acabando su último año de Teología, por tanto un momento en que se está fraguando su futuro destino. El P. Artigues aprovechó la oportunidad para escribir una carta a Pedro en la que, entre otras cosas le dice:

“Desde hace pocas horas el P. Giol y yo vivimos ya en Vila Vilá, habiendo dejado la residencia del Palau. Hemos empezado esta comunidad incipiente... esperamos que también Ud. esté entre nosotros para poder trabajar con todo empeño en nuestros amadísimos gitanos. Debemos preparar una buena peregrinación para el año que viene. Le esperamos el domingo, incluso a comer”.

Pedro, con todo, no iría a aquella primeriza comunidad de inserción, sino que marcharía pronto a Andalucía.

Cuando empezó a descubrir el mundo gitano, compartía con los compañeros sus preocupaciones hacia la gente más pobre. Eran momentos en que los compañeros vivíamos los problemas sociales con intensidad. Él estaba ya muy impactado por la realidad y la cultura gitana. Siempre salía en su defensa, cuando se les juzgaba desde criterios culturales distintos. Al enterarnos de que se iba a Andalucía para terminar su formación, la noticia no nos sorprendió mucho, Tenía su lógica. La comunidad gitana de Barcelona era pequeña en relación a la de Andalucía. Ir allá era meterse de lleno en su mundo.

Al acabar sus estudios de Teología, en el año 1964, se irá, pues, a Córdoba al Colegio de

Formación San Francisco de Borja, a hacer su año de Tercera Probación, la última etapa de la formación de la Compañía. Se quedó para siempre en aquellas tierras, y dejó de trabajar en la provincia de los jesuitas de Cataluña. Era como el signo de una nueva vida, de una nueva inculturación.

Estando en Andalucía, le llegó la noticia de la muerte del P. Artigues en un accidente de coche, cerca de Campdevàrol (Girona), camino de Planoles. Iba dormido al lado del conductor cuando el coche se estrelló contra un árbol. Era el 22 de julio de 1965. Pedro le llora como se hace por la pérdida de un auténtico padre.

Pedro siempre fue un itinerante, que iba donde la necesidad del momento le acuciase. No quedó atado a un lugar, aunque fue Granada su lugar oficial de residencia y dónde pasó más tiempo en sus años de Andalucía.

Lo concreto, sea una persona o una necesidad, era como una llamada interior. Le veremos en muchos lugares distintos. Un ejemplo lo tenemos en un final de diciembre, en que fue al norte de España a pasar el día de Navidad con un preso, que le había escrito y le decía que estaba muy triste porque estaría solo aquel día. Hasta allá se fue en autostop. Poco a poco, su figura y su vida irán tomando una dimensión cada vez más relevante, desde una vida pobre entre los pobres.

En Granada se incorpora a la comunidad de la Cartuja, donde los jesuitas tienen la Facultad de Teología, aunque su trabajo está donde los gitanos. Poco después se irá a vivir a un barrio gitano donde ya viven unos compañeros jesuitas.

Sus últimos votos religiosos los hizo el 15 de agosto de 1966 en la residencia de los jesuitas de Jerez.

Desde entonces hasta su muerte, por el catálogo de los jesuitas de la provincia de Cataluña, sabíamos que vivía en Granada y su trabajo se resumía en un lacónico y abreviado latín: ‘oper apud “gitanos”’ (=trabaja con los gitanos).

1.3. Inculturación gitana

Poco a poco se fue pareciendo también a los gitanos. Delgado, moreno, de rostro agradable, con un pelo negro abundante, peinado hacia atrás al estilo de la época, con patillas, animado, cordial, directo, callado y capaz de risa o de bronca, podía estar taciturno y a poco ser un buen juerguista. Pedro llegó a inculturarse de tal modo, que fue un verdadero gitano. Cuando sonreía –por cierto, con mucha frecuencia–, se le hacían en la cara unos hoyuelos en la piel, verticales, que son signo de buen humor y cordialidad.

En tiempos en que los “curas” iban aún con sotana, él podía llevar el típico sombrero andaluz en vez de la clerical “teja” negra. Cuando ya se dejó la sotana a él le gustaba vestir como los gitanos, pañuelo al cuello, botas, camisa negra con topes blancos, chaquetilla marrón...

Su forma de hablar también fue cambiando. Aprendió con gran paciencia el vocabulario caló. En una libreta iba apuntando las palabras en castellano y caló. No era raro oírle alguna expresión popular, poco frecuente en el ámbito clerical. Hay sobre esto una anécdota que se hizo muy famosa entre los jesuitas andaluces. En el año 1970 fue a una Congregación Provincial de la provincia Bética (Andalucía y Canarias). Una Congregación

Provincial es una reunión de delegados a modo de capítulo o asamblea. En un momento determinado, le concedieron la palabra y empezó a hablar de la devoción a la Virgen María. Se entusiasmó y, para dar más realce a sus palabras, soltó un “¡coño!” que arrancó un aplauso general en la asamblea. Nunca se había escuchado una expresión como aquella en una Congregación de jesuitas, y más para encarecer la devoción a la Virgen, a la Macarena en concreto.

La relación que estableció con los gitanos era muy distinta a la de la mayoría de los payos que, movidos por la desconfianza heredada, o van con sumo cuidado para que no les timen, o se muestran duros y recelosos. En cambio, Pedro desde que entró en el mundo gitano se relacionaba de forma directa, con absoluta sinceridad y sin ningún temor. Como iba con el corazón abierto despertó en ellos una relación nueva, familiar y recíproca, la usual entre ellos, que se fue llenando de cariño y admiración con el pasar de los años.

Tenía Pedro una gran entrada con la gente, sin ser muy hablador en general. Iba al grano y no le faltaba un humor que le hacía cercano. Así, diciendo misa en un convento de Écija a la que asistían varias familias gitanas, les pidió a los niños que se pusieran a su vera y le cogieran por el alba. “*Era como una gallina con sus polluelos*”. Así lo recuerda uno de los asistentes. Era realmente uno más, un auténtico gitano.

Dicen de él cosas como éstas: “*Era un hombre feliz. Había encontrado su sitio. Hacía lo que quería. Un catalán que se hace gitano y gitano andaluz. Este hombre ha sido algo fabuloso. Y esto que era medio abogado, un artista y un músico. Sabía latín, y era humilde, humilde, muy humilde. A mí me enseñó a no pedir. Un cura como éste no lo he conocido en toda mi vida. Pedro no tenía un día libre, ni una noche libre, nunca hizo vacaciones. No tenía dinero y si se lo daban lo daba*”. Recuerdos éstos de personas muy allegadas a Pedro, que aun ahora, cuando los cuentan, se emocionan y hablan de él como de un santo, un fuera de serie.

Rafael Reyes, con el que compartió casa y trabajo – como más adelante veremos –, nos contó pocas semanas antes de su muerte una anécdota que muestra cómo Pedro actuaba como gitano y como cura entre los gitanos. Hubo una pelea importante entre dos familias. Había un peligro muy real de que acabara corriendo sangre. Pedro decidió ir al lugar del altercado y prohibió tajantemente a Rafael que le acompañara. “*Si pasa algo, tú tienes siete hijos, no debes ir. A mí si pasa algo, no importa*”. Se puso fuerte y duro y obligó a Rafael a quedarse en casa con sus hijos. Fue Pedro donde había el enfrentamiento, se colocó en medio de la reyerta sin decir nada, y “*allí no hubo ni palos ni muertos*”. Volvió Pedro, al menos en apariencia, muy tranquilo y normal, sin contar lo acaecido.

Cuando algún gitano le llamaba Don Pedro, inmediatamente le respondía: “*No, no, llámame Pedro*”. Su trato directo, natural, sencillo, franco y generalmente acogedor y de pocas palabras fue entrando en el corazón de la gente, que le llegó a querer de verdad. Cuenta Luis Joanet, un sacerdote amigo suyo, que fue a Granada con su madre y fue al barrio donde vivía Pedro con sus compañeros, preguntó a la gente por él y le respondían: “*Ah! ¿Pedís por Pedro? Vayan más abajo y vayan preguntando. Todo el mundo le conoce*”.

2. GRANADA

Durante el año 1962, la ciudad de Granada sufre unas fuertes lluvias torrenciales que inundan especialmente el barrio del Sacromonte, en el que, desde siglos, vivían muchas familias gitanas. Una de las cuevas queda aplastada y mueren varias personas. Hay cantidad de damnificados que son colocados, como urgencia, en la misma plaza de toros de la ciudad.

2.1. Un grupo en misión

Para estas familias gitanas damnificadas empieza un largo itinerario a modo de éxodo, que culmina al cabo de varios años en lo que hoy se llama el Polígono, en el extremo nordeste de la ciudad. Pero antes de llegar a este lugar, se pasa por otros tres de forma provisional: Santa Juliana, Los Frigoríficos y La Virgencita.

Barracones, mucha miseria, en condiciones infrahumanas y, sobre todo, al margen del estilo cultural y tradicional de la identidad gitana. Como acontece con frecuencia las administraciones estudian, diseñan y deciden desde los despachos, sin tener en cuenta la tradición y las culturas de los futuros usuarios.

Un grupo de estudiantes jesuitas de la Facultad de Teología de La Cartuja, con la bendición –primero tímida y después de pleno soporte– de sus superiores, se instala en dichos barrios y van siguiendo el éxodo de las familias gitanas. Entre ellos está Adolfo Chércoles, que mantiene vivo el recuerdo de aquella época, y en la actualidad sigue viviendo con otros compañeros en el Polígono. El ha sido nuestra principal fuente de información.

Al comienzo, los estudiantes jesuitas van a vivir a Santa Juliana los fines de semana y acuden algunas tardes. Ya en Los Frigoríficos, su instalación es total, en unas condiciones de precariedad desastrosas y humillantes, similares a las que vive los demás habitantes de la zona. Por fin, en La Virgencita, siguen con su presencia. Esta vez, en unas instalaciones con agua corriente y servicios básicos mínimos. Parece que se construyeron pensando en el turismo, como unos alojamientos provisionales de cara a un turismo popular; pero al no tener éxito, y ante la trágica situación que vivían los gitanos desplazados desde las inundaciones, de forma provisional se les asignaron a ellos.

La comunidad de jesuitas ya llevaba un tiempo viviendo con los gitanos cuando Pedro Closa se integra a su grupo en 1965. Pronto se dan cuenta de la personalidad y originalidad de aquel hombre, que no pierde su acento catalán por mucho que se esfuerza en hacerse en todo como uno más de los ciudadanos de aquellos miserables barrios. El mismo día de su llegada ya llama la atención por la tabla que trae consigo y por colgar cuadros y dibujos. Descubren que Pedro es también un artista. Una buena parte de su producción iba para la venta ambulante, y especialmente para los turistas.

Cada cambio de barriada tuvo sus causas. En la primera zona (una vez salidos de la plaza de toros), llamada de Santa Juliana, había una charca tocando a los barracones que se podría calificar, con toda verdad, como nauseabunda. Un día fatídico un niño se ahogó en dicha charca. Hubo protestas, idas al gobernador civil y, rápidamente, se construyeron nuevos barracones en la segunda zona, llamada Los Frigoríficos. El nombre le venía de una fábrica de frigoríficos, vecina a los emplazamientos. Según hemos podido averiguar, ésta fue la peor de las cuatro estaciones de este éxodo. Se nos ha definido como *un lugar de mierda, gusanos, chinches, sin agua corriente, con una ventilación absolutamente fatal y para colmo con guardias a la entrada*. Allí vivía la gente, que recordaba las cuevas del Sacromonte como un sitio de ensueño. Allí estaba el grupo de jesuitas jóvenes, Pedro uno más, compartiendo con la gente y viviendo como ella en medio de tanta porquería. Vivían hacinados, en literas. Pedro dormía, aún en tiempo de frío, con los pies fuera de la cama, amontonando mantas y luchando contra los chinches que, por lo visto, le tenían afición preferente.

Al hacerse insostenible la vida en Los Frigoríficos, las autoridades le acomodaron en esta nueva zona, La Virgencita, que tenía unas condiciones precarias ciertamente para la vida familiar y comunitaria gitana pero, por lo menos, más humanas en comparación a todo lo anterior. En este último barrio vivió Pedro hasta su muerte.

El grupo no se componía sólo de jesuitas. En Santa Juliana entró en relación con ellos María Armada, una asistente social que trabajaba en una guardería infantil del barrio. Fue cambiando de ubicación con la gente y, si bien tenía casa a parte, fue una persona fundamental para el grupo. Ella nos ha contado cantidad de detalles sobre aquellos años, sobre Pedro Closa y sobre el grupo. Una mujer excepcional.

Otros iban y venían, estaban en el grupo, participaban. Fueron muchos: gitanos y payos, hombres y mujeres, profesionales y trabajadores. Allí surgió una comunidad alternativa, inquieta, tensa a veces, y siempre con la gente y para la gente. Fueron años muy duros, y también felices y emocionantes.

2.2. La vida de Pedro en el grupo y en el barrio

Dentro del grupo pronto se constató que Pedro era una persona original, con unas convicciones muy arraigadas y que su opción era no sólo estar al lado de los gitanos, sino llegar a ser uno de ellos. Su forma de vivir y su atuendo, sus expresiones y estilo se fueron “agitanando”. Era imprevisible, era libre, no programaba, vivía al día e iba respondiendo según los estímulos y las necesidades del presente.

Alternó el trabajo manual, no pocas veces de corte artístico, con las faenas eventuales, como la vendimia, la recogida de la aceituna o la venta ambulante. Confesaba que la experiencia más difícil que pasó fue ir dos veces, durante un tiempo, en carromatos por el norte de África con familias gitanas nómadas. Experimentaba la diferencia con las familias ya establecidas en un sitio. En todas estas actividades siempre era uno más y participaba tanto de la labor como del ritmo de vida comunitario, que era pobre, muchas veces alegre y siempre arraigado a la tradición y a la cultura gitana.

Viviendo en cuadrillas en los campos, algunas veces consta que se separaba del grupo e iba a rezar o a celebrar la misa bajo unos olivos. Nos han contado que una mañana, apenas empezaba a clarear, le vieron salir y cómo allí a lo lejos, se sentaba, con su Biblia, un

pañuelo y los enseres precisos para su celebración. Poco a poco, varios compadres se fueron acercando y miraban a Pedro cómo oraba, hasta que uno le pidió que rezara por sus muertos. Aquella misa fue realmente comunitaria. Eran unos cuantos, nunca habían visto nada igual. Estaban emocionados. Les habló del Señor, de su presencia, de sus quereres. Pasados los años, lo recuerdan como un día muy especial.

Pedro no valoraba para nada el dinero. Era muy frecuente que, al cobrar por sus trabajos, diera su salario a familias y compañeros que, a su juicio, lo necesitaban más que él. Cuando regresaba al grupo, ya no llevaba ni una peseta.

Nos cuenta María Armada que, por dos veces, se gastó todo lo que había en la caja comunitaria para comprar dos cosas que en ningún caso podrían considerarse de urgente necesidad. Un día compró un tambor. Otra vez fueron unas botas monteras, de las que solían llevar los gitanos, las que dejaron a la comunidad sin blanca. Ante el reproche por estas aparentes imprudencias, Pedro callaba, dando a entender que no sólo de pan vive el hombre.

También era normal que viajara sin un duro en el bolsillo o que lo hiciera en autostop. Una vez fue a Huesca a hablar de Jesús a la comunidad gitana de allá. Vivió con ellos. No tenía dinero para volver. Se lo dijo a ellos y la pobre comunidad gitana de Huesca, sorprendida y admirada, entre todos le compraron un billete de autobús para Barcelona.

Otros muchos días se los pasaba en el barrio, ayudando en lo que fuera, o en el barracón. Sentado con las piernas cruzadas trabajando la madera, pintando; o delante de uno de los tableros en los que siempre había libros abiertos, papeles, cartas y el crucifijo de sus votos, o haciendo oración. Podía estar así muchas horas. Dentro de la casita, donde celebraba la Eucaristía, con unos ladrillos y trozos de saco se hizo un espacio, agradable, sencillo y con mucho gusto.

Esta vida no programada, con sus salidas eventuales, su servicio a lo que fuera, el trabajo artístico y el estar delante del tablero en oración o reflexión, le hacía feliz. Había descubierto una forma de vivir nada convencional, se estaba arraigando a una cultura ancestral de silencios, cantares y relaciones que no quiere sucumbir y diluirse en la sociedad deshumanizada actual.

En diversas ocasiones, y con el fin de sacar dinero para ayudar a alguna situación precaria o para construir una sencilla escuela, vendió su propia sangre. No fue un hecho particular y aislado, sino una forma relativamente usual en aquella época que tenía la gente pobre para afrontar su situación de miseria. Este hecho nos ha sido confirmado por su hermano Isidro. Nos contó que “*Pedro* no se cuidaba. Pensamos que muchas veces estaría anémico. Su misma enfermedad, en gran parte, fue consecuencia de la miseria. Algunas veces vendía su propia sangre. Cierta día nos comunicó con gran naturalidad que cambiaba su sangre por ladrillos para una escuela gitana”.

3. PEDRO EN ÉCIJA

Un período importante y decisivo de su vida en Andalucía fue el que transcurrió en la bella, cálida y tradicional ciudad de Écija.

Quizás fue durante su estancia en Córdoba, de otoño de 1964 hasta junio del 65, cuando Pedro se interesó por Écija. No nos consta si fue durante la primera visita que hizo a esta ciudad cuando se encontró con Rafael Reyes, un gitano fotógrafo, gran amigo de Pedro y que le ha considerado como de su propia familia. Él mismo nos ha contado en una conversación inolvidable, en la que estuvo presente Adolfo Chércoles, cómo fue dicho encuentro. A las pocas semanas de nuestra conversación, como ya hemos apuntado más arriba, Rafael Reyes moría de enfermedad cardíaca.

Entró Pedro en un bar con su macuto, en el que llevaba sus cuatro enseres personales. Después de mirar a todas partes, se fijó en Rafael, un hombre joven, muy moreno, gitano a todas luces. Va hacia él, le saluda y empiezan a charlar. No tiene ninguna prisa. Hablan de todo. Se va haciendo tarde y Pedro que no se va. Rafael empieza a pensar en su familia. Tiene mujer y siete hijos. Se está preguntando cómo es que no se va aquel forastero, amable, campechano y con un hablar sencillo y directo. *“¡Tenía tan buena charla este hombre! Era como si tuviera en la boca un caramelo. Lo poco que hablaba, lo hablaba muy bien”*. Así se expresa Rafael sobre el primer encuentro con Pedro. Sus oídos quedan atónitos cuando le dice que es cura. El primer pensamiento de Rafael es si se trata de un cura rojo. *“A ver si será un cura rojo, ‘de estos fascistas’ (sic), y después nos viene la guardia civil. En fin, que sea lo que Dios quiera”*.

Es así como Rafael, que siempre se había sentido alejado de los curas y los curas de él, le invita a cenar a su casa. Éstas son sus palabras: *“A mí siempre me ha gustado ser cristiano. Lo que pasa es que nadie me ayudaba. Los curas de antes, los pobrecitos, muy buenos, muy santos, pero, de enseñarte a conocer a Cristo, ninguno”*. Pedro acepta la invitación al instante, complacido y tranquilo. Presentaciones, saludos, un poco más de agua a la sopa de garbanzos, que dónde comen nueve pueden comer diez. Y van pasando las horas. Aquella “casa”, que era *“muy pobre, muy pobre”*, se componía de dos estancias y tenía dos camas, una para el matrimonio y la otra para los siete hijos. Por fin, le invitan a quedarse a dormir, y en la habitación que sirve de cocina, comedor y lugar de vida común, con unas sillas, le montan a Pedro una especie de cama, que acepta gustoso. Es así como pasa en casa de Rafael la primera noche. Pero, a la mañana siguiente, constatan que ha dormido en el suelo y, por lo que parece, ha dormido bien y a gusto. *“¡Un cura durmiendo en el suelo! Esto si que es el mundo al revés”*.

Pedro le pregunta a Rafael si hay por allí alguna iglesia. Le dice que le gustaría decir misa. Le acompaña al monasterio, llamado de Las Marroquinas, y llaman a la puerta: *“Aquí hay un cura que desea decir la misa”*. Al verlo vestido de una forma tan poco clerical y al estilo de los gitanos, las buenas monjas dudan. Pedro les presenta un certificado conforme es cura de verdad, y ellas ceden, no sin sospechar que se trate de algo falso. Como recuerda Rafael, las mismas monjitas, cuando le ven celebrar, revestido ya de los hábitos litúrgicos,

con una unción y devoción notables, se convencen definitivamente de que se trata de un sacerdote, de un cura muy especial. Ellas mismas lo iban a comprobar muy pronto, ya que Pedro fue con frecuencia a este monasterio y, como una de ellas nos explicó, se pasaba horas y horas de oración, sentado en el suelo y con las piernas cruzadas al estilo yoga, a un metro escaso del sagrario. Después iba a un rincón de la sacristía y escribía en su cuaderno. Le instaban a que se tomara un café y, con mucha frecuencia, se olvidaba de ello. *“Pedro era un santo”*. Esta frase, que tantas veces hemos oído de las personas que lo trataron, nos fue repetida por una religiosa del monasterio que entonces era la sacristana y recordaba a Pedro con emoción.

Uno de los gitanos que más le trató en Écija lo recuerda con estas palabras: *“Te digo que era un santo. Se tiraba las horas muertas en el convento de Las Marroquinas, sentado allí, leyendo su Biblia. Nunca nos dijo: Vamos a misa. Nosotros íbamos porque él iba”*.

Pedro le pide a Rafael aquel mismo día que le presente a algunos de los gitanos de Écija. Entre ellos estaba el tío Curro. Así recuerda Rafael el encuentro: *“Hola, tío Curro, aquí te presento a un sacerdote”*. Respuesta: *“Este hombre no tiene hechura de sacerdote. Este hombre tiene hechura de un hombre de campo, de un guarda vacas”*. Y es así como empieza Pedro a relacionarse con los gitanos de aquella localidad.

Un par de años más tarde muere la mujer de Rafael Reyes y le deja sólo con los siete hijos. Pedro, que está en Granada, toma una decisión valiente y de un notable amor: se va a casa de Rafael para cuidar de la familia, especialmente de los niños (uno es de pocos meses), arreglarlos, alimentarlos, limpiarlos, llevarlos a la escuela... En definitiva, para hacer de mamá. Alterna esta tarea con trabajos esporádicos, acompañando a Rafael Reyes o con Anselmo Cruz, que vivía también en el mismo edificio y que le invitó a trabajar en su fragua. Para un hombre como Pedro, este tiempo fue, por una parte muy duro: cuidar los niños, buscarse la vida al lado de Rafael, trabajar en la fragua, escaparse a las Marroquinas para orar y descansar en Dios, sin un día de vacaciones, siempre dándose...; pero también, un tiempo muy feliz, ya que allí realmente es un gitano entre los gitanos.

Pedro estuvo prácticamente un año en Écija. Este hecho tan único y singular tuvo un afecto multiplicador. Al vivir Pedro tanto tiempo en el seno de una familia gitana fue aceptado como auténtico gitano, no de nacimiento, sino de libre elección. *“Pedro era uno más de la familia. Ya no se separaba de nosotros”*. Le recibieron y aceptaron en todas partes, como a uno más de su pueblo. Era capaz de gastar su vida por uno de ellos, por todos.

Esta vida en Écija no fue bien entendida por todo el mundo. Varios sacerdotes eran contrarios. Les parecía que no era ésta la labor de un cura, que se distanciaba de su vocación sacerdotal, que confundía a un sector de fieles y que su forma de celebrar los sacramentos prescindía de las normas litúrgicas. Pedro nunca se enfrentó. Tenía su convicción y cerraba los oídos a la crítica. Callaba y actuaba. Posiblemente pensaba que no podían entender su llamada interior, su vocación gitana. Una discusión era una pérdida de tiempo. Además, Pedro no era ni pretendía ser polémico. Estamos justo después del Concilio Vaticano II, y en la última fase del franquismo; momento en el que las distancias entre un clero mayor en gran parte tradicional y el clero joven en auge podían agravarse por cualquier motivo. Pedro no quería agrandar esta separación. Lo cierto es que había un grupo de sacerdotes y seminaristas que valoraron muy positivamente su estilo y forma de vivir, y, pasados los años, le recuerdan con admiración y mucho cariño. Por otra parte, siempre contó con la bendición y el apoyo de sus superiores y de los obispos que le conocieron. Su figura humilde y pobre desarmaba a cualquiera.

Tuvo otras relaciones difíciles con gente pudiente. Pero, en no pocas ocasiones, algunas de ellas no sólo le facilitaron ayuda sino que intentaron captar a aquel hombre diferente y radical, y hallaron en él a un consejero espiritual.

Pedro tenía una disposición abierta y sabía situarse en el punto de inflexión entre atender a las personas y mantener su libertad interior y exterior. Siempre con palabras y signos, dejaba clara su opción como gitano de adopción y la preferencia por su pueblo. Algunas veces en pequeños símbolos manifestó esta libertad, sin ser del todo entendido por algunas personas importantes, según los criterios de la sociedad.

4. EL ARTISTA

Pedro era un hombre vital, original, persona de acción y con buena capacidad artística.

Los que le conocimos durante los años de estudios, sabíamos que tocaba bien el piano, con estilo propio, apasionado y dulce a la vez. Ello correspondía a su forma de ser. Pedro tocaba el piano en alguna celebración, en especial durante las fiestas comunitarias de Navidad o en homenaje a algún santo de la Compañía, en actos académicos. También sabíamos que desde el magisterio en Valencia había desarrollado el dibujo y la pintura.

Situado ya en el ambiente gitano andaluz, le hemos visto en todo tipo de trabajos: recolección de la oliva, la vendimia, la fragua de Écija, etc., pero en Andalucía acentúa su vena artística, sobre todo cuando, para ganarse la vida al modo gitano, se dedica a la venta ambulante. Granada era una ciudad muy visitada y vender pequeños recuerdos era una fuente de ingresos a tener en cuenta. Una buena parte de la producción artística de Pedro estará, la que quede, esparcida sin fecha ni firma, en manos de turistas desconocidos, pues el pasar desapercibido también lo proyectó a sus obras.

Además de la venta ambulante, Pedro pintaba para sus amigos. En algunas de sus casas están todavía colgados sus cuadros, generalmente hechos en sencillas tablas aprovechadas. Algunos intentan reproducir imágenes románicas, sobre todo de la Virgen María. Otros son más creativos del autor y hay incluso paisajes y estilos abstractos. Nos comentaba una familia que guarda algunos de ellos como si se tratara de una reliquia, que no entendían cómo era que no los terminaba. En realidad, se trata de pinturas casi abstractas. Como trabajaba también en la forja, no pocas veces los cuadros están rodeados de ornamentos metálicos, a modo de marcos. A veces estos marcos forjados son de gran belleza y muestran un espíritu creativo en los caprichos de sus retorcidos modos y figuras. Los guardan con gran cariño y veneración en las cabeceras de las camas o presidiendo en el comedor. Hemos visto también en Sevilla, en la casa de Rafael Reyes, unas imágenes en mosaicos. También hizo algunos iconos al estilo oriental, que trabajaba en oración, y eran expresión de la misma. En conjunto, pues, una paciencia enorme, atino artístico y una constante referencia a motivos religiosos.

A los amigos, los cuadros se los regalaba. A Luis Juanet, en el viaje que hizo a Granada para verle, también le quería regalar uno, pero logró comprárselo. Es un cuadro sobre madera, inspirado en las cuevas de Altamira. Le contaba que una vez estuvo allá, y se quedó horas entusiasmado contemplando las pinturas rupestres. El cuadro, como tantos otros, tiene su marco de estilo cordobés, de hierro forjado, hecho por él. También lo guarda como la obra de un amigo y un santo.

Pero no es tanto la calidad artística lo que cabe destacar, cuanto el hecho mismo de la expresión que Pedro daba a este quehacer. De hecho, pasados los años, estas obras hablan por sí mismas de la profundidad y de los valores sensibles del autor. Expresan su sensibilidad, su devoción, su amistad y cómo empleaba un tiempo, que a otros parecería mal aprovechado, y que para él era a la vez trabajo, oración y plasmación material de su alma. Como los pintores orientales de iconos, también Pedro juntaba el arte y la

contemplación humana y religiosa.

Como buen gitano pronto se aficionó al flamenco. Le gustaba cantar y le recuerdan bailando, los pies descalzos, cuando se iba a la aceituna o a la vendimia. Cuentan que conoció a algunos de los cantaores flamencos de aquella época. Alguien nos dijo que fue amigo del mismo Marchena. No lo hemos podido comprobar.

5. UN HOMBRE DE DIOS, UN MÍSTICO

Todos los que le conocieron coinciden en afirmar que era un hombre de Dios, una persona de oración, con una caridad exquisita, notable devoto de María, con una gran libertad interior y exterior, y con la convicción de que lo más fundamental de la fe cristiana es la opción real y concreta por los últimos y los más pobres de la sociedad.

El que durante aquellos años fuera su confesor, el P. José María Castillo S.I., afirma que Pedro era de las personas de más vida interior y de oración que haya conocido. *“El caso de Pedro es único”*. Solía hacer dos horas de oración diarias. Su oración era confiada, afectiva y desde la realidad de la inserción en el mundo gitano.

La relación personal con el Señor siempre queda en el secreto del corazón. Nos gustaría tener los escritos de Pedro, sus anotaciones después de pasarse horas ante el sagrario, para conocer más en concreto cómo formulaba él su oración y su amistad con Cristo. Nos queda, al menos, su vida, que es como un signo que nos muestra algo de su aventura interior. Por ella podemos colegir cuál era la fuente que le animaba a vivir como vivía.

Múltiples testimonios creen que Pedro era un hombre que había recibido de Dios una vida de gracia y unos dones que le fueron configurando como un “místico” de la inserción, del realismo, del servicio, de la alegría, y todo ello dentro de una gran naturalidad, libertad, sencillez y confianza.

Un primer rasgo de su vida espiritual es la dimensión eucarística, tanto en las misas que celebraba en cualquier lugar, como en la “adoración” al Señor sacramentado, que solía llevar consigo a todas partes.

Ya hemos recordado las largas horas de oración a poca distancia del sagrario cuando, en Écija, se retiraba en el monasterio de las Marroquinas; y cómo, pasados tantos años, la antigua sacristana nos lo contaba todavía con emoción.

En las salidas que solía hacer para la recogida de la aceituna o la vendimia llevaba el Santísimo. En medio del duro trabajo, por la noche, en la cena junto al fuego, esta compañía del Señor era para él no sólo referencia para su fe, sino consuelo y fortaleza para su corazón. También lo tenía en el taller. Cuando estuvo enfermo de muerte, le pidió a María Armada que retirara el Santísimo que guardaba en su lugar de trabajo. Oraba sentado al estilo yoga, con el Santísimo cerca, frente a aquel famoso tablero en el que tenía imágenes, libros abiertos, etc. Así le sorprendió con mucha frecuencia María Armada y muchos otros compañeros y conocidos.

Así recordaba Rafael Reyes una misa campera que vivió al lado de Pedro: *“Íbamos a dormir con los gitanos en el campo. Dormíamos como los gitanos duermen: los hombres a una parte y las mujeres a otra. Él dormía acurrucado. En su macuto tenía su cáliz y las cosas para decir misa. Me levanto por la mañana, me lavo la cara. Veo a Pedro muy lejos. Y me voy para allí. Le digo: “¿Qué haces aquí Pedro?” “Digo misa”. Me senté allí, cruzadas las piernas y me estaba al lado suyo. Dice su misa con pan. No tenía allí las formas. Antes de ir a comulgar venía un gitanillo por ahí. Se le sentó el niño al lado. Se sentaba allí. Se sentaron allí unos ocho. Se acerca una gitana y le dice: “Usted es cura, Padre, ¿no?”. “Sí”, responde Pedro. “¿Por qué no dice la misa por mi marido, que lo*

han matado?”. Dijo la misa, se despidió de la gente y nos fuimos”.

Dicen que ésta fue la primera misa gitana. Hubo varias parecidas. Y cuentan los gitanos que de ellas nació la idea de las famosas misas cantadas a lo gitano. Con su buen sentido musical, no fue difícil incorporar a la Eucaristía el “cante hondo”. Sea lo que sea de ello, allí le tenemos en la madrugada andaluza, bajo los árboles, celebrando la memoria y la presencia de Jesús entre su gente.

Pedro tenía mucha admiración por Carlos de Foucauld, que también era un apasionado por la Eucaristía. La forma de ser de Pedro se adaptaba al fundador de los “hermanitos y hermanitas de Jesús”, que vivió entre los tuaregs del desierto del Sáhara, en suma pobreza, con una alegría enorme. La contemplación y el silencio también les hermanaban.

Una segunda característica fue su devoción a Santa María durante toda su vida. Al ir a vivir a Andalucía y entrando de lleno en el mundo gitano, esta devoción se concretaba hacia las imágenes más veneradas en su nueva tierra de adopción: el Rocío y La Macarena. Iba a las procesiones y se ponía cerca de la imagen de Nuestra Señora. Rezaba, cantaba, se olvidaba de comer y de dormir, exteriorizaba su alegría, sus sentimientos y su devoción. Nos han narrado que en una ocasión estuvo más de doce horas participando en la procesión sevillana de La Macarena, como si las horas no pasaran, sin ningún síntoma de cansancio.

En una carta, escrita en Écija el 8 de Octubre de 1968, posiblemente cuando estaba en casa de Rafael Reyes, dirigida a María Armada, expresa su devoción a la Virgen María con estas palabras:

“María es dulce, María es la solución de todas nuestras dificultades; lo que tú sola no puedes, con María lo podrás. María es Dios con nosotros, pues Ella lleva siempre a Cristo. Siempre que María está presente allí está Jesús. Es camino seguro, fácil y dulce para encontrar a Jesús. No son cosas de cura esto que te pongo, son experiencias. ¿Te enteras? Si no fuese así, no te las pondría. Sin María no podrás nada, ni tú, ni Fernando, ni Adolfo, ni Javi, ni Paco ni yo, y casi iba a decir, ni Dios, porque cierto que Dios no quiso pasarse sin Ella. ¿Vamos a ser tan idiotas que no imitemos a Dios en lo más dulce...?.

¿Para qué ir por caminos escabrosos y que nunca llegan al fin, si tenemos un camino más corto, dulce y suave? Yo no sé por qué nos complicamos la vida y discutimos y perdemos el tiempo y cavilamos y nos rompemos las narices. María es la solución. Ella tiene a Jesús. ¿Por qué buscarlo en otro sitio?

¡Ay, María, que hermoso nombre tienes...!. Dale gracias a Ella, y dile que tiene obligación de echarle no una mano, sino sus dos brazos, y abrazarte y ayudarte, iluminándote, y dejándote sentir sus dulzuras de Madre.

¡¡¡María, María, María!!! no seas tonta María Armada, por honor de tu nombre, y “ármate” de María. Experiencias marianas que sirvan para algo, por los menos para comunicarse con María que nunca abandona.

Podría contarte miles de casos míos en que María se ha interpuesto (como buena mujer que es); pero lo que yo te digo es que desde ahora voy a pedirle por ti. No para que vayas a Misiones y te quedes en Santa Juliana, ni payos, ni calés, ni na, sino que Ella sea tu centro, y así pasarás a Cristo plenamente. Yo deseo tu santidad, o mejor, deseo que ames plenamente a Jesús por María.

¿Que te parezco escribiendo? ¡Qué malicioso y cómo tiro el agua a mi molino..!. ¡Por algo soy jesuita!... ¡y GITANO!

María, necesitamos consuelo divino (no lo rechaces cuando venga), necesitamos paz, sencillez, paciencia, amor.”

En esta carta Pedro muestra señales muy claras de su experiencia espiritual interior. Él mismo le dice a María Armada que sus expresiones no son sino manifestación de experiencias, y no frases de cura, ni citas rutinarias que toca decir desde una profesión de religiosidad. ¿De qué experiencias se trata? Ante todo de la función mediadora de María con relación a Jesucristo. Pedro la concibe como un camino rápido, fácil, dulce y eficaz. Esta mediación supone un abandonarse en María confiadamente y tener un trato sencillo y filial con Ella. No hay duda de que estas vivencias estaban en el día a día de Pedro: en su oración, en las procesiones de La Macarena y en el Rocío, en el rezo del rosario, cuando pintaba imágenes de la Virgen en tableros casi de deshecho, o cuando hacía mosaicos marianos juntando piedras pequeñas talladas con una paciencia infinita. María era, sin duda, una parte importante y apasionada de la experiencia interior de Pedro.

Llama también la atención el uso frecuente que hace de la palabra “dulce”. Se trata de una vivencia del corazón, que cuadra con los testimonios de sus compañeros. ¿Qué dulzura es ésta, en medio de tanta precariedad? Es la dulzura que produce la relación confiada, la suavidad amable de sentirse querido y protegido, el agradecimiento para con lo que más se ama.

En el caso de Pedro, Jesús nos llega por la mano maternal de su Madre, no como una teoría libresca sino como una realidad sentida a fondo. Dulce sería su camino, como su vocación de entrega y su inculturación gitana.

El mismo estilo de la carta es directo, muy amical, bromista, apasionado, con aquel valor literario que siempre ofrecen los escritos auténticos. Hay en la carta una gran verdad sobre el mundo y el carisma de Pedro, y sobre la relación que tenía, en este caso, con María Armada, que ha ido guardando este escrito como una verdadera reliquia. Él, a sí mismo, se llama gitano, poniéndolo en mayúsculas. ¡Jesuita y gitano!

Un último rasgo que le define podría ser ese acercarse continua y llanamente a Jesús, a través de la “Palabra de Dios”, de la Biblia, y desde su vida, desde la realidad. Aquello de que uno aprende a amar a Dios desde el amor que recibe de los hombres y del que da a los otros; y a la vez, aprende a amar a los hombres, gracias al amor recibido de Dios, Pedro lo fue aprendiendo desde el amor de aquella gente y desde su identificación con Jesús de Nazaret. Le hemos visto, en la vendimia con su Biblia, en la capilla de las monjas de Écija con su Biblia, y siempre cercano a las personas, a sus vidas, a su sufrimiento, a su realidad. Su vida exterior como signo de su mundo interior. Intuye, desde Jesús, que lo pequeño se hace grande, que el grano de mostaza acaba en un árbol donde anidan las aves del cielo.

Pocos meses antes de morir escribía a uno de sus compañeros de equipo: *“Yo creo que nosotros podemos y debemos cambiar el futuro. Somos semilla chica, casi imperceptible, que puede llegar a ser árbol grande. Descubro el cristianismo. Es como una semilla de eternidad. La felicidad está en esta gran realidad: Jesús. Yo deseo vivir a lo cristiano.”*

6. LAS LUCHAS SOCIALES

Durante aquellos años en Granada, como en muchas otras partes de España, hubo conflictos sociales importantes. Los años 60 representaron un cambio en la economía, debido, en gran parte, a la llegada de capital extranjero, que se sentía protegido por la dureza represiva de no pocas leyes del llamado *Fuero del Trabajo*. Se trata de un éxodo de capitales que desde hace años ha emigrado a zonas del mundo en las que está restringida la libertad sindical y recibe el apoyo de gobiernos dictatoriales. Por otra parte, entraban en el país ingentes cantidades de dinero de los centenares de miles de trabajadores y trabajadoras que habían emigrado a países europeos. El nivel de vida iba subiendo, las diferencias sociales también, las leyes no respondían a la situación y pronto las libertades democráticas eran un objetivo que se deseaba alcanzar. Los conflictos eran frecuentes sobre todo en el mundo obrero y en el estudiantil.

Muchos jóvenes seminaristas y estudiantes religiosos que habían vivido los cambios del Concilio Vaticano II con entusiasmo y como una gran esperanza, se vinculaban primero de forma un tanto simbólica y, después, más radicalmente, a las luchas sociales del momento.

Los Superiores de la Compañía de Jesús en general iban evolucionando también en contacto con los jóvenes y con la Compañía europea, con la que mantenían muy frecuentes contactos tanto para los estudios como para el buen gobierno de la orden. En este marco facilitaban “experiencias sociales”, que desembocaron en la creación de grupos de “misión obrera”. No faltaban jesuitas mayores que pidieron formar parte de esta misión y que le dieron la solidez y el equilibrio suficientes para una época de tantos cambios vertiginosos.

La mentalidad, los ideales y el modo de ser de Pedro coincidían en parte con todo este movimiento social y reivindicativo. Él, como el que más, estaba al lado de los últimos. Eran sus amigos, era su nueva familia. Formaba parte de un grupo de jesuitas, sacerdotes y laicos que vivía intensamente estas situaciones y las analizaba constantemente. El grupo se relacionaba con los movimientos clandestinos, que luchaban por las libertades y a favor de la causa justa del mundo del trabajo.

Pedro participaba a su modo en estas situaciones conflictivas de la época. Daba más importancia a la relación personal, a la vinculación con las personas y sus urgencias, que a la transformación de las estructuras mediante las luchas sociales. En algunas ocasiones esta diferencia aparecía en las largas discusiones dialécticas, en las que Pedro no solía hablar mucho. Con todo, a la hora de la verdad, allí estaba él, junto a los compañeros, con su presencia y su solidaridad, defendiendo en concreto a la clase obrera, con especial atención a los gitanos.

Le encontramos con el grupo en la famosa huelga de la construcción de Granada del 1970. Pedro estaba en Écija trabajando de temporero cuando se enteró de que varios obreros de la construcción habían sido encarcelados. Como en el grupo había algunos que trabajaban en la construcción, Pedro se traslada inmediatamente a Granada y toma parte en las manifestaciones.

Fueron días de fuerte represión. Hubo varios muertos por la acción de la policía del régimen. Los trabajadores se encerraron en la catedral. Había varios del grupo, y Pedro entre ellos. Según se cuenta, se las agenció para hacer de enlace entre los de dentro y los de fuera. En los mensajes que enviaba, firmaba: “Pedro Amaya”.

No consta que fuera directamente golpeado por la policía, aunque entre los gitanos de aquel tiempo se dice que lo fue y que la paliza que recibió fue una de las causas de su rara enfermedad. Con todo, no hemos podido confirmar esta versión gitana por los testimonios de los que le trataron más directamente durante el tiempo de su última dolencia.

7. PASIÓN Y MUERTE

Pedro era una persona sufrida. Sabía disimular sus enfermedades o cualquier malestar. La vida que llevaba en 1971 era muy dura y no solía tener precisamente orden en las comidas y descansos. No pocas veces, como ya se ha explicado, vendía su sangre para poder ayudar a los demás. Al hablar sobre esto con su hermano Isidro, nos decía: *“Pedro estaba anémico, no tenía defensas, no se cuidaba, y cuando cayó enfermo de verdad no pudo atajar la dolencia; se derrumbó fatalmente”*.

A principios de noviembre de 1971 se empezó a encontrar mal, pero no dejó ninguno de sus trabajos. Cuentan que unos meses antes, durante una excursión a Sierra Nevada, se ahogaba. Él mismo no le dio ninguna importancia y lo atribuyó a ciertas alergias. Sin embargo, pudo ser un aviso de que algo negativo se estaba fraguando.

Todavía le recuerdan por noviembre vendiendo ensaladas en Granada con toda naturalidad. Pero un domingo se queda en cama y, cuando María Armada le va a visitar, le produce una impresión fatal. Ve a Pedro deshecho, sudando y con el rostro completamente pálido. María se sorprende cuando le dice: *“No te vayas, María, que no me encuentro bien”*. Estas palabras son para ella una voz de alarma. Se moviliza al instante y lo llevan al hospital. Pedro está muy mal. En urgencias le diagnostican un resfriado y, de entrada, no le dan excesiva importancia. María y “el Cabra”, que ha acudido rápidamente con otros amigos y compañeros, no se contentan con dicho diagnóstico, y llaman a un médico conocido del grupo. Parece que se trata del doctor Juan Segura Clemente. Acude enseguida, se da cuenta de la gravedad de la situación y a las tres de la madrugada le hacen la traqueotomía, ya que se les iba por falta de respiración.

Comentando las incidencias de aquella noche, nos dicen algunos de los que estuvieron junto a Pedro desde el primer momento que, hasta que vino el médico amigo, fue tratado como a un pobre gitano. *“Ya sabe usted lo que les pasa a los pobres, y más si son gitanos”*. Esta era su condición de vida, el “status” al que Pedro había llegado. Situación penosa, dura e injusta; pero muy generalizada, sobre todo en aquellos años.

El mes de enfermedad fue terrible. Pedro se fue hinchando y sufría mucho. Resultó complicado y difícil hacer un diagnóstico. Con abundantes dudas se le atribuyó una rara enfermedad, llamada “síndrome de Landry”. Un virus gripal que ataca la médula y deja paralizado todo el organismo. Hay que recordar que en aquel mes murieron en el barrio unos 10 niños, casi todos de forma muy rápida. Se decía que algunos habían sido mordidos por las ratas de cloaca. No es ninguna hipótesis descabellada pensar que Pedro sufriera el contagio de una epidemia localizada en un espacio de miseria y abandono como aquel. Dadas sus escasas defensas, Pedro corrió la misma suerte de sus vecinos gitanos. Una dimensión más de la total inserción en aquel mundo degradado y marginal.

Durante el mes de la enfermedad nunca le faltó atención y compañía por parte de los miembros de su grupo, de los vecinos y de los jesuitas de La Cartuja. No todos podían entrar en la habitación donde se encontraba. Tanto a las puertas del hospital, como en los pasillos y antesalas se veían numerosos grupos de gitanos, según su costumbre y tradición,

esperando y acompañándose los unos a los otros. Las entradas en la habitación eran breves, pues el sufrimiento y el deterioro de Pedro no permitían largos encuentros. Muchos salían llorando. Poco a poco fue cundiendo la certeza de que la vida de Pedro se acababa. Todo su organismo se desmoronaba día a día. Pusieron en la habitación una imagen de la Virgen Macarena.

Los que estuvieron presentes en las últimas horas dicen que la muerte de Pedro fue muy dolorosa. Según parece, no podía respirar. Todas las ayudas se hicieron inútiles. Era el 16 de diciembre de 1971. La noticia corrió como la pólvora desde Granada a toda España. La sociedad gitana había perdido a un hombre entregado, a un padre, un amigo y un cura. Murió a los 39 años.

Recién fallecido en el hospital, los gitanos se lo llevaron como algo propio a su barrio, a su casita, la de él, la del grupo, la de todos. Y allí le velaron, le lloraron, durante toda la noche y la mañana del día siguiente.

El funeral de Pedro fue de enorme emoción. Los gitanos llevaron a hombros su cadáver desde el barrio de La Virgencita al cementerio de La Cartuja. En vez de amortajarlo con sotana y los ornamentos sacerdotales, según la costumbre de la época para los clérigos, le vistieron de gitano. Uno de los asistentes, Curro Torres, escribía en la revista de divulgación gitana Pomezia, en el número de enero-febrero de 1972:

“No quiero recordar lo largo que se hicieron los 4 kilómetros y pico que separan el barrio de la Virgencita de Granada y la Cartuja. Allí la pena negra lo inundó todo, todo era desesperación, llanto, angustia. En los sollozos desgarrados que brotaban de las gargantas de aquellos gitanos granadinos, podía adivinarse que ellos sabían lo que perdían: su apóstol, su amigo, que lo dio todo por ellos, hasta la misma vida. Lo llevamos en hombros como le correspondía a un gitano, y el camino se hizo interminable hasta La Cartuja, entre el llanto, la angustia y la desesperación de los hombres, el grito de las mujeres, y el deseo incontenible de los niños, a quien él tanto amaba, que intentaban llegar con sus manitas hasta el féretro e incesantemente se hacían esta pregunta: ¿Pedro, porqué te vas?”.

La Misa fue concelebrada por gran número de sacerdotes, presididos por el Arzobispo de Granada. Le enterraron allí mismo en el cementerio que está en una loma junto a la Facultad de Teología. Allí descansaron sus restos mortales en la paz de un recinto lleno de flores en la colina de La Cartuja.

Actualmente están ya en la capilla del cementerio, situada en el punto más alto del montículo. Una sencilla lápida reza:

P. PEDRO CLOSA FARRES.+ 16.12.1971. R.I.P.

A los pies de la capilla está Granada, con sus barrios, su gente, su cultura, su historia, su belleza y sus gitanos.

8. PEDRO VIVE

Cuentan numerosas familias gitanas que conocieron y trataron a Pedro que tenía una forma muy particular de entrar en ellos. Pero que cuando ya estaba, nunca más se iba. Formaba parte de sus sentimientos, de su corazón y de su vida. Por esto, a pesar de morir, esta presencia honda permanece. Le quieren, le rezan, está con ellos, dicen que ha hecho milagros. En definitiva, le han cobrado una muy profunda devoción.

“Nosotros le tenemos mucha fe. Le rezamos, hablamos con él. Y nos ayuda. Nuestro hijo Pedro (le pusimos el nombre por él) nació el día antes de su muerte, el 15 de diciembre de 1971. Estuvo muy enfermo. En el verano de 1972 estaba ya para morir, deshidratado, tenía ya un color verdoso. Le dijimos a Pedro o que se lo llevase o que lo salvase. Aquel mismo día empezó a sanar y se salvó. Para nosotros, aquello fue un milagro. Nos protege y está con nosotros. Otro hijo nuestro salió de la droga, gracias a Pedro y, cuando tuvo un accidente mortal, no le pasó nada, dejando el coche absolutamente destrozado. Pedro está con nosotros”.

Otro testimonio habla de la fe: *“Yo nunca creí en los curas, por mala experiencia y por tradición familiar. Pero gracias a este grupo de vecinos, gracias a Pedro, volví a creer en Dios. Pedro era muy especial, siempre se salía con la suya”.*

Son historias largas, a veces interminables, explicadas con enorme cariño y una gran convicción. Para los que las cuentan, son auténticos milagros. Hay coincidencias muy notables, como aquellos padres que fueron a buscar a un hijo a Barcelona, sin saber nada de él. Era la primera vez que iban a la Ciudad Condal. Su hijo se había marchado de casa hacía meses. Después de dar vueltas y vueltas por la ciudad, paran su furgoneta en un semáforo e invocaron a Pedro. Al ponerse en marcha, encuentran a su hijo en un bar del Paralelo. ¿Quién les podrá convencer de que es pura casualidad? Ellos viven como si Pedro no hubiera muerto. Está con ellos, dicen.

La cultura gitana desde siempre ha tenido una profunda veneración y respeto por sus muertos. No los olvida. Convive con sus recuerdos y con su presencia. Pedro es uno de ellos, está en el corazón y en la memoria de muchos, no sólo como una vida que pasó, sino como una vida que sigue, una verdadera bendición.

La gente que estableció una relación tan honda y auténtica con una persona como Pedro Closa no duda que sigue viviendo en Dios y que en Él les sea actualmente una ayuda, un soporte, un fundamento para su fe y una protección continuada.

9. A MODO DE CONCLUSIÓN

Han pasado 32 años desde la muerte de Pedro. Impresiona constatar que su recuerdo sea tan vivo en todas partes. Un recuerdo agradecido y profundo. Estuvo solamente seis años en Andalucía y llenó un tiempo enorme, un tiempo que sigue, pues fue y es un gitano andaluz. Forma parte del patrimonio de este pueblo, participó de sus avatares, viviendo y muriendo como uno más. Fue alguien muy especial, único, que intentó evangelizar el mundo gitano, y como suelen recordar sus amigos, fue también evangelizado por ellos. Llegó a su alma y la encontró dispuesta y sencilla, alegre y comunitaria.

Jesús Gutiérrez, un jesuita castellano, compañero de Pedro y agitanado como él, en un breve artículo publicado en la ya citada revista Pomezia transcribe algunos párrafos de un escrito testimonial de Pedro:

“Yo vivía con los “primos”. He hecho amistades hondas, sin pretender más, todo va viniendo poco a poco. Mi ideal es vivir con ellos, compartir su vida y ponerme a su servicio como ellos se ponen al mío... Intento únicamente convivir sin hacer ruido, pero CONVIVIR, no teóricamente sino prácticamente. Yo no estoy con ellos para hacer una barriada nueva, para proporcionarles casas, colchones, ni mantas. Sólo vivir y, si a alguno le hace falta una manta, y yo tengo, parto lo mío con él. Y si es él el que tiene y yo no, también acepto que él me dé a mí.

Yo soy como soy, y esto es lo que les doy, mi persona tal como es. Y a la larga surgen cosas muy hermosas, y yo me extasio con las cosas hermosas, me dan ánimo. Son chiquititas todas estas cosas, pero van creciendo como las plantas. Algunas son árboles y dan sombra y fruto. No hay muchos árboles, pero como yo no intento formar un bosque, estoy contento. Si algún día veo que detrás de mí hay un bosque, sonreiré, pero sin engreírme, y si al girar la cabeza, sólo veo al cabo de mucho tiempo una hierbecilla, miraré a ver si tiene flor y si ésta es gitana, sonreiré con una risa tan ancha y quizás más que si viera el bosque. Una flor es algo muy original y muy bonito, y cuando es calé, sube de valor”.

Estas emotivas y hondas palabras de Pedro encierran su carisma, su vida y sus proyectos.

Con ellas ponemos punto y final a este escrito con la convicción de que han quedado fuera muchas realidades importantes. Animamos a tantos que han conocido y que han querido a Pedro Closa que amplíen estas breves páginas. Ha sido una vida de enorme valor, una vida entregada, una vida que ha dejado una huella profunda en cantidad de personas.

Terminamos con estas palabras de Jesús Gutiérrez. Son las últimas de su escrito de despedida: “*Vete contento, Pedro, y no te olvides de los que nos quedamos y del jardín que plantaste en la tierra*”.

© *Cristianisme i Justícia*, Roger de Llúria 13, 08010 Barcelona
Telf: 93 317 23 38; Fax: 93 317 10 94;
info@espinal.com; www.fespinal.com